



Madrid 24 de Diciembre de 1861.

SUMARIO. ARTICULOS.— Nochebuena, por don José S. Biedma.—El nido (conclusion), por don Antonio Arnao.—La piel de Castor, por doña Angela Grassi.—El perro fiel, por B.—El Juicio de Dios, por doña Joaquina G. Balmaseda.—El Templo de Salomon, por don Juan Cuesta.

GRABADOS. El Fratricida.—El Duelo.

NOCHEBUENA.

ENTRE todas las festividades del año no hay quizá una que alegre tanto á los niños como la de Nochebuena. Los agradables manjares que incitan su natural apetito, las músicas y canciones pastoriles que se oyen por todas partes, y la alegría y algazara que tanto animan á su tierna edad, son otros tantos incentivos que les hacen siempre desear con gusto la llegada de esta época de descanso

Tomo II.

á sus tareas literarias, en que reciben por premio de sus adelantos algun regalo de sus padres, llamado *aguinaldo*, segun una antigua costumbre, que se hace derivar de los tiempos mas remotos.

En una de estas noches se hallaba un venerable anciano de cabellos blancos rodeado de cinco ó seis niños y niñas, nietos suyos, á los que con sus padres habia convidado á cenar. Bailaban y brincaban todos á su alrededor, tocando cada uno el instrumento que le habian comprado, y haciendo una música de mas ruido que armonia, pero con la que parecia muy complacido el buen anciano, que se veia renacer en sus infantiles gracias. Despues de haberlos dejado entregarse por un largo rato á

Núm. 48.

sus expansivos juegos, les mandó callar, y llamándolos uno á uno comenzó á pedirles cuenta de lo que habian hecho en aquel año, próximo ya á desaparecer en los anales del tiempo.

—Yo, dijo Carlota, que era la mayor de todos, he aprendido á bordar y sé algo de francés, de modo que puedo leerle á Vd. la página que guste del *Telémaco*, pero como esta no es noche de libros, le he preparado como prueba de mi afecto un regalito, que sé le ha de agradar, aunque no vale gran cosa, pero está hecho de mi mano. Es un pañuelo de batista con las iniciales de Vd., las de mis padres y las mias.

Tomó el anciano sonriendo el regalo de la niña, y la dió en recompensa un hermoso neceser, que habia pertenecido á la abuela, difunta ya.

Vino en seguida el mayor de los niños, que se llamaba Félix, y era muy alegre y jugueton. Presentóle una porcion de dibujos de figuras de academia, uno de los cuales estaba dedicado á su abuelo. Miróle éste con gusto, y correspondió á su atencion dándole una coleccion de láminas copiadas de los artistas mas célebres.

El tercero le enseñó una porcion de planas escritas con hermosísima letra, y hechas con tinta de colores; todas tenian sus dedicatorias, y algunas contenian versos sencillos y alusivos. Quedóse el anciano con la que le correspondia, y recompensó al niño con una lindísima escribanía con porta-plumas y adornos de plata.

Los tres mas pequeños no tenian nada que presentar, pues ni sus adelantos eran tales que pudieran ser apreciados, ni su edad la suficiente para exigirles lo que á los otros. Uno de ellos sin embargo, se acercó al anciano ruboroso y avergonzado, como si quisiese pedirle algun favor y no se atreviera. Animóle aquel con sus miradas, y el nieto le enseñó algunos dibujos y unas planas magníficas, pero firmadas por un niño extraño á la familia.

—De quién son esos trabajos? le preguntó su abuelo.

—De mi mejor amigo, y del niño mas pobre del colegio, pero tambien el mas rico por

su aplicacion y buenos sentimientos. Le ocupa el profesor como pasante, aunque sin paga alguna, y es tan bueno que me estudia las lecciones en vez de tomármelas, me lo explica y enseña todo, y se desvela porque no me castiguen á mí ni á ninguno de mis compañeros. Todos le apreciamos mucho, pero ninguno puede hacer nada por él, y yo quisiera hacerle algun regalillo, porque está muy mal vestido. Diga Vd. á papá que le dé un vestido viejo de mi hermano Félix, porque va muy mal puesto.

—Bien, hijo, les contestó el anciano, mañana hablarémos con el director del colegio cuando le llevemos el aguinaldo, y si sus informes corresponden con los tuyos, le dejaré dinero para que le compre un vestido nuevo.

El niño le dió gracias casi llorando, y fué á contar á sus hermanos la buena accion de su abuelo. Rodeáronle todos llenos de gozo, y éste aprovechó la ocasion para referirles lo que significa la festividad que estaban celebrando.

—La *Nochebuena* es el aniversario de la venida al mundo de Nuestro Señor Jesucristo. No ignorais que Jesus nació en Belen, cuando iban á Jerusalem sus santos padres á inscribirse en el censo que se estaba haciendo en todo el imperio romano al que correspondia entonces la Judea. Su cuna fué pobre, y se vió abandonado de los hombres que venia á salvar. Un ángel le anunció á los pastores, que corrieron á adorarle al humilde pesebre donde se hallaba depositado. Este es el motivo de que se usen músicas y cantos pastoriles en esta noche; la Iglesia católica acostumbra á cantar en ella la misa del gallo á la hora en que se cree bajó á la tierra nuestro divino Redentor, y mañana comienza la Pascua, en que segun nuestra religion debíamos entregarnos á ejercicios piadosos, pero las costumbres paganas que han llegado hasta nosotros, exageradas en no poco por los abusos de la Edad media, son el origen de las comilonas, regalos y demas cosas que veis en esta época, que por corresponder tambien al fin del año y entrada del nuevo ofrece motivo á el aumento de las diver-

siones de las clases cultas, y aun de las mas pobres de la sociedad.

Llegó en esto la hora de la cena y todos se apresuraron á satisfacer su apetito, en particular los niños incitados por las golosinas propias de la estacion. Terminada esta operacion, una de las mas largas en noche de Navidad, se preparaban para retirarse, cuando mandándolos esperar, les dió el anciano una inesperada é increíble sorpresa. Abrióse una de las puertas del salon en que se encontraban, y vieron en una habitacion magníficamente adornada é iluminada un hermoso Nacimiento de figuras de bastante tamaño, vestidas todas con sus trajes adecuados, y representando el histórico portal de Belen, la Anunciacion á los pastores, la casa del mesonero, los Reyes magos con sus palacios en lontananza, fuentes y rio naturales, y demas accesorios propios de esta clase de espectáculos.

Corrieron los niños á su vista, y comenzaron á cantar y tocar sus instrumentos, en lo que se entretuvieron por mucho tiempo. Pero haciéndose ya demasiado tarde, los llamaron sus padres para que se retirasen. Obedecieronles con sentimiento, pero deseosos de dar gusto á su abuelo, héroe de aquella fiesta, quien no se despidió de ellos sin recordarles que una larga vida consagrada toda entera al trabajo y la honradez le habia puesto en estado de prepararles una noche tan agradable como la que acababan de pasar; que siguiesen su ejemplo para poder dar otras muchas iguales á su familia y amigos, si les concedia vida la Providencia.

JOSÉ S. BIEDMA.



EL NIDO. (1)

[Conclusion.]

V.

Pasaron dos semanas sin que nada ocurriese de particular entre el jóven Príncipe y el pastorcillo.

Una mañana, el padre de aquel, Príncipe reinante á la sazón, llegó de repente á la quinta sin que ninguno le esperase. El motivo de venir tan de improviso, fué el querer asegurarse por sí mismo de la salud de su hijo, y observar qué progresos hacia en su enseñanza.

Durante la comida no se olvidó el hijo de contarle la historia del nido y del honrado pastor. Escuchó el padre la relacion con bastante interés, y pareció dudar de la exactitud completa de aquella.

—En verdad, dijo el ayo, ese niño tiene cualidades poco comunes: su corazón es recto, franco, y puro como el oro que ha purificado el fuego. A mi juicio ese muchacho podría llegar á ser un dia para nuestro amado Príncipe un amigo fiel, de cuya lealtad podría estar seguro. Con tanta mas seguridad lo digo, cuanto que me he convencido de que está dotado de una aptitud nada vulgar, y de que si estudiase llegaría á ser un hombre excelente. Pero por desgracia, su padre es muy pobre. Seria una lástima que un muchacho tan favorecido por la naturaleza y tan adornado de probidad y de una feliz inclinacion hácia la virtud, fuese al fin y al cabo un sér tan insignificante y oscuro como su padre.

Nada respondió el padre del jóven Príncipe á las observaciones del ayo; pero cuando acabó de comer, llamó á éste aparte, junto á una ventana, y tuvo con él por lo bajo una conversacion de algunos minutos. La concluyó diciendo en alta voz:

—Está bien: haced que venga en segui-

[1] Cuento tomado de una imitacion de Schmid, hecha por el abate D. Pinart.

da ese niño ; quiero verle antes de partir.

En el instante salió á buscar al pastor un criado, el cual trajo á aquel al poco rato. Jorge quedó sumamente sorprendido al entrar en la quinta, que solo habia visto por fuera, de la elegancia y riqueza de sus habitaciones. Mas aún creció su sorpresa cuando al penetrar en una gran sala vió delante de él un hombre de airosa y elevada estatura, de aspecto imponente y noble, que llevaba sobre el pecho una estrella de brillantes. Advirtióle el ayo que tenia la honra de hallarse en presencia del Príncipe su soberano. En el acto, el pobre pastor, medio asustado, medio turbado, le saludó inclinándose casi hasta tocar la tierra.

—Buenos dias, amiguito, díjole el Príncipe con mucha bondad. ¿Con qué tanto te gustan los libros? ¿Te agradaría ponerte á estudiar?

—Ay ! respondió Jorge ; si bastase con la voluntad, hace tiempo que iria yo al colegio. Pero se necesita mucho dinero, y mi padre gana muy poco para vivir. En esto consiste la dificultad.

—Entonces, añadió el Príncipe, fácil es arreglar este asunto ; óyeme : tal vez sea posible darte gusto. El señor eclesiástico que estás viendo, tiene un amigo, cura de una aldea, que admite en su casa á los jóvenes que tienen alguna disposicion y los dispone para estudios superiores. También te recibirá á tí, y en cuanto á gastos yo correré con ellos. ¿Qué te parece la proposicion? estás contento?

Aguardaba el Príncipe que el pastor acogiese sus ofertas con transportes de júbilo y que le diese rendidas gracias; pero Jorge que á las primeras palabras de aquel se habia manifestado contento, puso su rostro de repente muy triste y afligido. Bajó los ojos y no habló una palabra.

¿Qué te pasa? preguntóle el Príncipe? Cualquiera diria que tenias ganas de llorar, mas bien que de reir. Vamos, habla francamente, no tengas miedo; ¿por qué te has quedado tan cabizbajo?

—Válgame Dios ! contestó Jorge ; porque mi padre es tan pobre, tan pobre, que no pue-

de pasarse sin mí. Verdad es que gano muy poco; pero eso poco que gano guardando corderos en el verano, y en el invierno hilando lino, le sirve de algo, y no podria privarse de este socorro. Por mucho que yo desée estudiar, prefiero continuar siendo lo que soy, con tal de ayudar á mi padre á vivir.

—Muy bien, replicó el Príncipe vivamente conmovido. Veo que eres un buen hijo, y Dios no puede dejar de bendecirte. El cariño filial que manifiestas es una perla mucho mas esquisita que todas las que hay en mis tesoros. No te inquiete la suerte de tu padre : yo proveeré ámpliamente á sus necesidades, y de hoy en adelante no necesitará el producto de tu trabajo para vivir. ¿Estás contento ahora?

El bueno de Jorge no pudo contener el exceso de júbilo que le causó semejante promesa. Arrojóse á los piés del Príncipe, y cogiendo con respeto una de sus manos, se la besó derramando lágrimas de ternura.

—Mil y mil gracias, señor, dijo; Dios os colme á vos y á vuestro hijo de toda clase de felicidades.

Levantóse en seguida, y dejando la quinta, corrió afanosamente á contar á su padre lo que ocurría.

Este buen hombre se presentó inmediatamente en la quinta, y manifestó su agradecimiento al Príncipe con la mayor efusion. Tan grande era su agitacion, que apenas acertaba á pronunciar una palabra; pero sus lágrimas daban testimonio de su profundo reconocimiento.

El Príncipe le oyó con extrema benevolencia, y le dijo que se encargaba del porvenir de su hijo, reiterándole al despedirse su promesa de que en adelante nada le faltaria.

VI.

Aquí se detuvo el señor de Treuhold. La emocion le impedia continuar, y tenia los ojos arrasados de lágrimas. Por fin se calló del todo.

—Bueno, bueno; exclamaron Adolfo y Guillermo; todavía no ha concluido la historia. ¿Qué fué de aquel excelente muchacho, del buen Jorge? ¿Qué fué de él? ¿Correspondió con su

laboriosidad y su mérito á las bondades que le dispensó el Príncipe?

—Queridos hijos míos, respondió el señor de Treuhold con emoción creciente; aquel pastor era yo, vuestro padre.

A tan inesperada revelación, Adolfo y Guillermo se arrojaron sin decir una palabra en los brazos de su padre, y le estrecharon con ternura.

—Sí, hijos míos, continuó aquel, yo soy. El noble Príncipe á quien debo el inmenso beneficio de mi educación, y al cual nunca habeis conocido, me hizo ir á su corte cuando hube concluido mis estudios. Mi sincera adhesión á su persona, mi fidelidad, mi asiduo trabajar, le agradaron tanto, que me dió carta de nobleza, nombrándome Barón de Treuhold. Murió hace unos diez años, pero jamás su recuerdo se apartará de mi memoria. Mi reconocimiento hácia él será eterno, como lo será el del país á quien ha sabido hacer feliz. En cuanto al joven Príncipe á quien ví por primera vez aquí mismo, bajo este árbol á cuya sombra estamos sentados, os diré que es nuestro bondadoso soberano actual, de quien tengo el alto honor de ser Consejero privado.

Ya habeis conocido al respetable cura que habia en la parroquia de nuestra iglesia Catedral, aquel digno y santo sacerdote que os quería como un padre, y que os instruyó en los misterios de la religion: aquel era el ayo del joven Príncipe. Muerto mi padre, vuestro abuelo, fué recibido en mi casa en cuanto pude ofrecerle un asilo; y despues de haber corrido en ella sus últimos años, murió hace tres, dejando esta tierra por el cielo. Acostumbraba á pasar muchas horas haciéndoos compañía, en lo cual os complacéis infinitamente; pero ahora no conservareis más que un recuerdo vago y confuso de aquel piadoso anciano, y de su pálido semblante. ¡Qué sus restos mortales descansen en paz!

«Dios en su infinita bondad, se ha dignado bendecir mis acciones: vereis cómo ha sido. Hace unos veinte años, no era yo mas que un pobre pastor en estos hermosos dominios en que estamos, y al presente esos mismos domi-

nios me pertenecen, porque los he comprado y pagado con el dinero ganado legítimamente por mi asidua laboriosidad y por la munificencia del Príncipe. En mi infancia me vieron guardar corderos, y hoy soy propietario.»

—Un nido, solo un nido, exclamó Guillermito, fué la causa de una fortuna tan extraordinaria.

—De ningún modo, respondió Adolfo. Verdad es que el nido fué ocasión de todo; pero no fué él quien dió á papá una honrosa posición y grandes riquezas: esto lo alcanzó porque era honrado, trabajador, y sobre todo buen hijo. Por esto le chocó al Príncipe; por esto se elevó desde la humilde condición de pastor, al respetable puesto de Consejero. Sus virtudes le valieron, en vez de un torno para hilar, la posesión de estas hermosas tierras.

—Querido Adolfo, replicó el padre, tampoco es á mí solo á quien hay que atribuir la gloria de semejantes sucesos; sino solo á Dios; á Dios, que desde mi tierna infancia dotó á mi alma de la firmeza de carácter, de la probidad, del amor á la virtud, que el ayo descubrió en mí, y que le movieron á recomendarme á su señor. El Príncipe fué despues el instrumento de que Dios se sirvió para hacerme feliz. Por consiguiente, cuanto poseo lo he recibido de Dios, y á ÉL debo tributar todo mi agradecimiento. ¿Cómo por mí mismo hubiera yo podido, yo, infeliz campesino, andar tanto camino en tan corto tiempo? Ay, hijo mio! la Providencia ha sido quien dirigió todos estos acontecimientos: Dios se sirvió de aquel nido para recomendarme al Príncipe; Dios le inspiró el pensamiento de proporcionarme enseñanza; Dios bendijo piadosamente mi tenacidad en el trabajo, y mis esfuerzos por la virtud. Aprended aquí, queridos hijos míos, á aprovecharos de las buenas disposiciones que Dios os ha dado. Sed estudiosos; tened puro y recto el corazón; practicad la virtud. Temed desagradar á Dios pecando; pedidle auxilio para nunca ofenderle; y en cualquiera circunstancia difícil en que os veais, confiad en ÉL ciegamente. Nunca olvidéis que los honores y las riquezas de la tierra son bienes efímeros, y que solo no

muere la sólida virtud. Si observais fielmente mis consejos ; si conservais el alma sin mancha, no lo dudeis, Dios os recompensará en este mundo y en el otro.

« Oh Dios mio! continuó levantando al cielo sus ojos bañados en lágrimas ; dignaos escuchar mi súplica ; velad por la inocencia de estos dos hijos que me habeis dado. Bien sabéis cuánto los amo, pero si han de ser indignos de vos, lleváoslos. No permitais que os olviden: ponedlos bajo vuestra proteccion divina, y hacedles comprender que en el mundo nada hay más noble, grande y honorífico que servirlos. »

Mientras el padre rogaba por los niños, éstos instintivamente se pusieron de rodillas. Extendió suavemente ambas manos sobre sus cabezas y les otorgó su bendicion. Despues se volvieron silenciosos á su casa.

Añadamos á esta narracion lo que el padre no dijo.

El Consejero Treuhold hizo á su pais inapreciables servicios, por su incorruptible probidad, por su fidelidad al Príncipe su señor, y por su veracidad nunca desmentida.

Adolfo y Guillermo imitaron su conducta, y uno y otro fueron hombres irreprochables, dotados de los mas nobles sentimientos. El mayor llegó tambien á ser Consejero; Guillermo fué un excelente militar; habiéndoles granjeado universal estimacion su piedad sólida, su instruccion y su fidelidad en el cumplimiento de los deberes. Fueron encanto de su padre, y todavía son hoy su felicidad y la corona de su vejez.

ANTONIO ARNAO.



LA PIEL DE CASTOR.

Cuando poneis sobre vuestros hombros, niñas mias, esos abrigo de pieles, cuya blancura hace resaltar las rosas de vuestras mejillas, sin duda no habeis pensado jamás en los inmensos esfuerzos, en los horribles peligros, que algunos hombres intrépidos habrán debido arrostrar para satisfacer vuestro capricho.

Y sin embargo, cuántos afanes, y á veces cuántas vidas cuesta la adquisicion de ese frívolo objeto de lujo, que está muy lejos de ser indispensable.

El pais que mas abunda en animales salvajes que ostentan ricas pieles, es un vasto territorio que se estiende desde la bahía de Hudson, hasta el Océano Pacífico, y desde la frontera de los Estados-Unidos al mar Artico.

Region salvaje, erizada de escarpados y fragosísimos montes, cruzada en todas direcciones por anchos rios y espumosas cataratas, cubierta de lagos y espesos bosques, y poblada de fieras, cuyos rugidos son los únicos que levantan un eco en aquel asilo del silencio eterno.

Desde tiempo inmemorial, una turba aguerida, y casi pudiera decirse cosmopolita, pues está compuesta de hombres de todas las naciones de la tierra, se lanza al corazon de esas selvas impenetrables, viviendo años enteros en medio de los hielos, resguardados únicamente por tiendas de lienzo, que colocan en las orillas de los rios; ó en verano perdidos y errantes por las desiertas estepas, molestados por insectos dañinos, diezmados por las enfermedades, faltos de alimento, pues solo viven de la caza, y espuestos á las asechanzas de los indios, que aunque comercian con ellos, no desperdician las ocasiones de hacer la ganancia por entero.

Cuando el hierro y el fuego han despoblado los bosques conocidos, se eligen los mas intrépidos de la tribu para que suban á las fragosas gargantas de los montes y busquen á las fieras en sus últimas guaridas; ó crucen los lagos y los espumosos torrentes sobre frágiles barqui-

chuelos, para descubrir otras comarcas mas virgenes y pobladas.

Merced á estas atrevidas investigaciones han logrado convertir en sus dominios las orillas del Lago Superior y del Lago de los bosques, y hubo dos entre los espedicionarios que osaron salvar las montañas Pedregosas, y reconocer las orillas del Océano Pacífico.

Mas tarde, por influjo de los santos misioneros Lazaritas, que con el anhelo de convertir aquellos pueblos salvajes á la religion cristiana, habian seguido á los intrépidos cazadores al través de los desiertos, se formó una asociacion entre estos y los traficantes de pieles, que tomó el nombre de la Compañía del Nordeste.

La Compañía construyó una especie de fortaleza, capital del desierto, y centro de todas las operaciones, llamada Fort Villams.

En los primeros dias de Mayo, época en que empieza el deshielo en el rio de San Lorenzo, se reunen todas las canoas de los traficantes y los cazadores en la bahía de la China, situada al extremo de la isla de Montreal.

A una seña convenida, todas las embarcaciones dejan la ribera á fuerza de remos, en medio de los cantos populares, que entonan en sus lenguas respectivas los intrépidos viajeros.

Dirijense, ante todo, hácia la ribera Norte del San Lorenzo, en el sitio en donde el Ottawa, despues de haber atravesado el Lago de las dos Montañas, viene á mezclar sus aguas con las del gran rio.

El Ottawa arroja las embarcaciones en el Lago Nippissing, surcado de rapidísimas corrientes que amenazan incesantemente á los viajeros con una muerte desastrosa.

Si consiguen arrollar tantos invencibles obstáculos, atraviesan el lago Huron, y por último entran en el Superior, bordeándolo hasta llegar á Fort Villams.

La llegada de los espedicionarios coincide con el regreso de los que han pasado el invierno en la caza, y vienen á ser relevados.

Imposible es imaginar una escena mas animada que la que tiene lugar entonces.

Es un espectáculo curioso, el

ver á aquellos hombres de aspecto salvaje, sucio y haraposo, mostrar con orgullo su botín, y recibir con trasportes de alegría el puñado de oro, siempre escaso, que debe recompensarlos de tantas fatigas y peligros.

Terminados los cambios, celébrase con una gran comida el buen éxito de la espedicion. Los cazadores y los traficantes se colocan sin distincion alrededor de una gran mesa descomunal, mientras los indios hacen su comida en el



El fratricida.

patio, al aire libre, y los unos y los otros, entre abundantes libaciones de vino, refieren sus terribles aventuras, que hacen estremecer á los oyentes.

Un inglés que se hallaba en Fort Villams, en 1817, en la época de una de estas ruidosas bacanales, y que es quien me ha referido estos curiosos pormenores, acabó su relacion con un episodio terrible, que muestra á cuán criminales extremos puede arrastrarnos la codicia.

—Advertí, decia, que un cazador que se hallaba á mi izquierda, durante la escena de los cambios, permanecia inmóvil y con la cabeza inclinada sobre el pecho, sin tomar parte en la animada algazara de los otros.

Uno de los traficantes se acercó á él.

—Y tu hermano, Pascual? le preguntó.

Aquel hombre se puso lívido, y un temblor convulsivo recorrió todos sus miembros.

—Ha muerto! balbuceó con voz ahogada.

—Sí; interrumpió otro cazador, ha muerto; pobre muchacho! Como este Pascual ó este diablo es tan intrépido, se empeñó en ir á explorar una comarca que se estiende al otro lado de un lago lleno de corrientes, y en donde conjeturaba hallar muy buena presa. Su hermano, que como sabeis le amaba mucho, no quiso abandonarle. Al ir todo fué bien, pero al volver, la canoa arrastrada por una impetuosa corriente, fué á estrellarse contra los escollos.

Solo Pascual se salvó, y lo que es mas extraño, pudo salvar tambien su mercancía. Y á fé que hubiera sido lástima que se perdiese, porque entre varias pieles de osos blancos y negros, trae una de castor magnífica.

—A verla! á verla! gritaron todos los traficantes reuniéndose en coro.

Pascual habia perdido muchas veces el color durante este relato, y para disimular su agitacion fué á desarrollar la hermosa piel, que sobrepujaba, en efecto, á todas las ponderaciones.

Estaba tan admirablemente matizada de blanco y negro, que parecia hecha á pincel.

El traficante, temiendo que se le escapase la ocasion, ofreció por ella una crecida suma.

—Vale mas que eso, murmuró Pascual con voz sombría, mucho mas que eso, mucho mas!

Escitados los compradores, se pujaron unos á otros, y elevaron su precio á una suma fabulosa.

Pascual al recibir el saco que contenia el dinero, lo dejó caer al suelo, como si fuese un ascua encendida, pero luego lo recogió ávidamente y lo estrechó fuera de sí contra su pecho.

Cuando nos sentamos á la mesa, empezó á beber con un verdadero furor, como si hubiese querido ahogar en el vino alguna pena. Luego prorumpió en risas y cantos, que contrastaban con la sombría espresion de su semblante.

—Nunca hemos visto así á Pascual! decian sus compañeros.

Yo no apartaba de él los ojos.... me hacia daño su alegría.

De repente se levantó con el rostro pálido, con el cabello erizado.

—Allí!... allí!... gritó con voz desgarradora, cómo lucha y relucha contra la embravecida corriente!... cómo me tiende los brazos!... cómo fija en mí sus miradas suplicantes! Pero para socorrerle tendria que soltar mi piel, mi hermosa piel! Oh, no! mas quiero perecer con ella!... Qué dice? qué es lo que dice? Muerto!... ha muerto gritando *fratricida!*... Por qué llorais, madre mia? por qué os arrancais el cabello, mi buen padre? Os traigo oro... mucho oro, mucho... mucho!... No basta? qué me pedis? la vida de vuestro hijo!... Ay, vuestro hijo ha muerto, y yo le he dejado morir!... yo!... yo!... Yo soy Cain, maldito de Dios y de los hombres!

Al pronunciar estas palabras Pascual cayó al suelo, agitándose en medio de horribles convulsiones.

El vino le habia arrancado su secreto.

Solo la humanidad pudo impulsarnos á socorrerle, tanto era el horror que nos causaba.

Su crimen era de aquellos que no puede castigar la justicia de los hombres.

Durante tres meses luchó con una penosa

enfermedad; al cabo de este tiempo marchó á Europa.

No le volví á ver en muchos años.

Pero en 1840, al atravesar un pueblo de Estremadura, se me acercó un mendigo anciano y andrajoso, y murmuró en voz baja.

—Una limosna para Cain, señor.

Le miré fijamente: era Pascual.

—Es un viejo loco, me dijo el mayoral de la diligencia; no sabemos quién es, ni de dónde ha venido: duerme por caridad en una cuadra; y siempre pide limosna de ese modo.

El oro adquirido al precio de un crimen, es como los brillantes copos de nieve, que se convierten en lodo entre las manos!

ANGELA GRASSI.

EL PERRO FIEL.

Hacia el siglo XIV vivia en Francia un señor que era muy rico y muy bueno. Tenia muchos campos, praderas y jardines, y un hermoso castillo. Pero amaba á un hijo único mucho mas que á todos sus bienes. Era este un niño muy pequeño llamado Hugo. Su madre murió antes que hubiera cumplido seis meses. Su padre tomó una niñera para el pobre Hugo, que le llevaba á todas partes y cuidaba de él. Un hermoso dia de Otoño se marchó aquel de caza. En cuanto hubo salido, la niñera puso al pequeño Hugo en la cuna: el niño estaba cansado y se durmió en seguida. Entonces la niñera se marchó al jardin, y dejando al perro en el cuarto cerró la puerta. El perro se llamaba *Fido*.

La descuidada niñera habia dejado abierta la ventana del cuarto. En aquel pais habia entonces muchas y muy grandes culebras. Uno de estos animales entró por la ventana y se acercó á la cuna. El fiel perro saltó en seguida sobre ella: la vigorosa culebra se defendió, rodeándose con fuerza al cuerpo del perro y le mordió en el cuello. *Fido* ladró de dolor, y la niñera oyó sus ladridos. Corrió en seguida á la casa, y no encontrando la llave en su angustia, tuvo que mandar descerrajar la puerta.

Ningun daño habia sucedido al niño; el pobre perro yacia muerto junto á la cuna, pero la culebra habia dejado de vivir. El fiel perro habia luchado con ella hasta que la mató.

El padre volvió poco despues. Tomó al pequeño Hugo en sus brazos y se alegró de hallarle sano. El perro fué enterrado en el jardin, donde el padre de Hugo puso una piedra sobre su sepultura, en la que hizo grabar estas palabras: *Aquí yace Fido; murió por mi Hugo.*

B.

EL JUICIO DE DIOS.

En los tiempos del feudalismo en que no se respetaba otro derecho que el de la fuerza, apenas se conocian las leyes, y mucho menos los tribunales que habian de aplicarlas, dependiendo la vida y la honra de los hombres, del capricho de los magnates.

Cuando se queria dar cierta legalidad al acto, sometian al acusado á alguna prueba, y segun su resultado, salia absuelto ó condenado, siendo la suerte la única reguladora de aquellas sentencias, dictadas por la ignorancia ó la supersticion.

Estas singulares pruebas se llamaban *Juicios de Dios*, y se los denominaba *del agua, del fuego y del duelo*.

El juicio de Dios por el agua consistia en echar al acusado á un gran tonel lleno de agua, despues de atar su mano derecha con su pié izquierdo, y la izquierda con el derecho. Si caia al fondo se le consideraba inocente; si sobrenadaba se creia que el agua, qué se habia tenido la precaucion de bendecir, le arrojaba de sí para que un criminal no manchase su pureza.

En *el juicio del fuego*, el acusado debia llevar diez ó doce pasos una barra de hierro encendido en la mano, ó bien sumergir ésta en agua hirvienda, ó á veces dejársela ceñir con un guantecito de hierro hecho áscua. En cualquiera de estos tres casos, se envolvia despues su mano en lienzo que los jueces sellaban: si á los tres dias que se levantaba el lienzo no exis-

tia señal de quemadura, era absuelto. De esta bárbara costumbre aun se conservan las frases tradicionales de *pondria la mano en el fuego*, cuando queremos afirmar una cosa; frases indignas de la cultura á que ha llegado en nuestros tiempos la razon humana.

La prueba del duelo era la mas generalizada, y apenas habrá hoy quien no tenga noticia de ella. Debian acusador y acusado presentar dos campeones nobles que se batian hasta obligar el acusado á desdecirse al acusador, ó rendirse uno á otro. Si el defensor del acusado quedaba victorioso, el vencido, muerto ó vivo, se colgaba por los piés de una argolla de hierro, y se proclamaba la inocencia del vencedor; condenándole sin misericordia, si el campeón de su contrario habia luchado con mejor suerte ó habilidad.

En el reinado de Luis llamado el Tartamudo, vivia en Francia la condesa de Gatinois, á quien acusaron de haber envenenado á su marido. Las apariencias la acusaban de tal modo, que amigos y parientes la abandonaron, viéndose obligada á recurrir á la suerte de las armas para probar su inocencia. Hasta en este último recurso le persiguió la desgracia, porque su contrario, llamado Gontran, primo de su marido, tenia tal valor y destreza que nadie se atrevia á cruzar su espada con él.

Por dos veces un heraldo de armas dió la señal de principiar el combate.... Nadie salia al palenque, y la infortunada condesa, pálida, muda, sosteniéndose apenas, miraba angustiosa á aquella multitud de la cual no salia un campeón que luchase por ella.

Algunos instantes corrieron en esta horri-

ble ansiedad... La corneta sonó por tercera y última vez, y el rostro de Gontran se animó con alegría salvaje, cuando de repente un jóven breton de diez y ocho años, llamado Ingelger, se presenta en la arena á sostener la inocencia de la acusada. Gontran le contempló con desden, el jóven sostuvo con dignidad su mirada, y empezó el combate.

Viéronse de una y otra parte prodigios de valor: Gontran tenia de su parte la fuerza, Ingelger la destreza, con la cual paraba los golpes de su contrario, evitándose veinte

veces la muerte. De repente Gontran se arrojó sobre él haciéndole una profunda herida... El estupor se pintó en todos los rostros, porque el jóven campeón habia ya ganado las simpatías de todos; pero éste, sin cuidarse de su herida, que arrojaba sangre en abundancia, cayó sobre su contrario tendiéndole á sus piés.

La impresion que se pintó en el rostro de la condesa seria difícil de pintar... Al ver caer á su primo dió un grito y cayó desmayada.



El duelo.

Cuando volvió en sí manifestó su gratitud á su jóven defensor y le nombró su heredero universal. Poco despues el arzobispo de Tours le dió á su sobrina por esposa, y ellos fueron los fundadores de la casa de Anjou, cuyos vástagos ocuparon despues el trono de Inglaterra.

Esta era la legislacion de aquellos tiempos: hoy por fortuna sábias leyes, resultado de la civilizacion, rigen los destinos de los hombres, y marcan al inocente ó al culpable el premio ó el castigo. ¡ Ojalá que aun así lleve siempre toda sentencia el sello de la justicia !

JOAQUINA GARCIA BALMASEDA.

EL TEMPLO DE SALOMON.

Siglos antes que Jesucristo viniera al mundo á espiar los pecados de los hombres, era Jerusalem capital de la nacion hebrea, residencia de sus monarcas, y una de las primeras ciudades del mundo, si es que no era la mas hermosa y principal.

Edificada sobre dos colinas, rodeada de profundos fosos y de tres órdenes de murallas guarnecidas de numerosos torreones: cuajada interiormente de multitud de monumentos públicos, palacios, fuentes y construcciones de todos géneros y del mas esquisito gusto; era á la vez la ciudad mas fuerte y bella que en aquel tiempo causara la admiracion de los hombres. Los mármoles mas delicados, las maderas mas preciosas é incorruptibles, como el cedro y el ébano, eran los materiales comunes de aquellos peregrinos edificios, en que rivalizaban la riqueza de la materia y el esquisito gusto de los artífices.

Imposible parecia, aun á los mismos hebreos, edificar nada mas bello y primoroso que su ciudad querida, en cuyos monumentos parecian agotadas las inspiraciones de sus mas hábiles arquitectos. Sin embargo, faltaba el mas precioso de todos ellos: faltaba que el mas sábio de los reyes coronase con una maravilla mucho mas extraordinaria aquel conjunto de maravillas, que contituian la ciudad pri-

vilegiada, en que habian de tener lugar los sucesos mas importantes del mundo.

Salomon, hijo de David, monarca de Judea, subió al trono de su padre rodeado de todos los favores que la fortuna puede dispensar á los hombres, pues á la grandeza de su rango unia la juventud, la hermosura, las riquezas, y lo que es mas, la mayor sabiduría, de que hay ejemplo en la historia.

Deseando dar un testimonio público del amor y respeto que profesaba al verdadero Dios, que era tambien el Dios de sus padres, dispuso la construccion de un templo que no tuviese igual en el mundo, y á este fin, no fiándose de su propio consejo convocó á su córte á los mas famosos arquitectos y artífices de todas clases, así nacionales como extranjeros, á quienes espuso su deseo de que aquel templo que proyectaba fuese el mas rico y hermoso que pudieran construir los hombres.

Ignórase el tiempo que pasaron en estudiar y trazar los planos para aquel asombroso edificio, pero sí se sabe, que despues de escogido el mejor de todos ellos y de acumulados los materiales para la fábrica de piedra, se tardó siete años en aquella construccion gigantesca, que tuvo ocupados muchísimos miles de brazos.

La ligerísima descripcion que vamos á hacer de esta maravilla del arte antiguo, dará una aunque muy débil idea de la gente que debió tomar parte en la obra; así como la riqueza de sus adornos nos demostrará todo lo que un pueblo es capaz de hacer en obsequio de su Dios.

Dentro de un magnífico muro que encerraba en su recinto todo el templo, se encontraba este dividido en cuatro edificios ó partes enteramente distintas.

La primera, llamada el vestíbulo de los gentiles, y que tenia mas de quinientos pasos de circunferencia, era una altísima galería sostenida por multitud de columnas de mármol de los mas variados colores, y con cuatro grandes puertas á los cuatro puntos cardinales, como si se quisiera dar á entender que la casa de Dios estaba abierta para todo el género humano, cualquiera que fuese su origen y procedencia.

Después de este primer vestíbulo, que como lo dice su nombre, era solo para los gentiles, se pasaba al de los judíos, el cual era ya mucho más suntuoso, pues además de los esquisitos mármoles de que se componían las columnas y el pavimento, tenía las paredes cubiertas de planchas de oro, y las puertas eran de plata maciza, cuajadas de los más esquisitos trabajos de buril y de cincel.

Después del de los judíos seguía el vestíbulo de los sacerdotes, donde solo podían penetrar éstos y los de su estirpe, que por algún defecto físico no hubiesen podido obtener tan elevada dignidad. En el medio de este suntuoso recinto se elevaba el altar de los holocaustos, donde los sacerdotes ofrecían á Dios sus sacrificios. Este altar de más de diez codos de altura, era de bronce, y tenía á los costados diez grandes copas del mismo metal, adornadas de querubines, leones, bueyes y palmas de una ejecución admirable. En este mismo vestíbulo de los sacerdotes había un segundo departamento llamado el templo, sin techumbre, cuyos muros de veinte codos de altura, estaban cubiertos hasta la mitad por planchas de oro, y la otra mitad de incrustaciones de piedras preciosas. En este espacio se veían diez grandes candeleros de oro con siete brazos cada uno, que representaban los siete planetas, que se reconocían entonces; una mesa sostenida por doce bueyes de bronce, y sobre la que había doce panes en representación de los doce signos del zodiaco; y un incensario donde ardían siempre trece sustancias olorosas traídas de las regiones más remotas de la tierra, en significación de que todo era de Dios y á Dios todo servía y tributaba homenaje.

Después de este templo sin techumbre estaba el Sancta-Sanctorum, lugar inviolable, donde no era lícito penetrar, cuya techumbre era de oro macizo por dentro y fuera, y estaba erizada de largas puntas de este mismo metal para que las aves no pudieran sentarse ni ensuciarlo.

Las piedras de que había sido formado esta parte del templo eran de cuarenta y cinco codos de largo, cinco de alto y seis de grueso,

y habían sido labradas y colocadas sin haberlas tocado con instrumento alguno de hierro.

Había además para el servicio del templo, siguiendo la relación del historiador hebreo, diez mil candeleros de oro, diez mil mesas y veinte mil copas de oro, con ciento sesenta mil de plata: cien mil redomas de oro y doscientas mil de plata; ochenta mil fuentes de oro y ciento sesenta mil de plata; cincuenta mil palanganas de oro y cien mil de plata; veinte mil vasos de oro y cuarenta mil de plata; veinte mil incensarios grandes y cincuenta mil pequeños; doscientas mil trompas de plata y cuarenta mil instrumentos músicos de oro y plata, con todos los demás ornamentos, ropas y alhajas proporcionadas á esta riqueza incomparable.

Tal era el templo de Jerusalem en tiempo del sábio rey Salomón, su fundador, si bien el pueblo contribuyó con cuanto pudo á formar aquel fabuloso tesoro, que ni antes ni quizá después vuelva á tener igual en el mundo.

¿Y qué fué de tanta riqueza y hermosura? ¿dónde fueron á parar tantas alhajas que el amor de Dios había obtenido de los hombres de buena voluntad? Vais á saberlo.

Las continuas apostasías y prevaricaciones de aquel pueblo tan visiblemente protegido del cielo atrajeron sobre sí las iras justificadas del Rey de los Reyes, y abandonados á sus propias pasiones, abstraídos de todos los acontecimientos exteriores, y devorados por sus disensiones civiles, apenas pudieron defenderse de las legiones romanas, cuando ansiosas del dominio del mundo llamaron á sus puertas y destruyeron con el fuego todo lo que pudo resistir á su espada, al choque de sus máquinas de guerra ó á la rapacidad de sus guerreros.

JUAN CUESTA.

Por lo no firmado: el Director y Editor propietario, P. J. de la Peña.

Editor responsable: D. Leon Moran.

MADRID: 1861.

IMP. DE M. CAMPO-REDONDO, HUERTAS, 42.